

tro y fuera de la ciudad no tardaron en coligarse, y en mayo de 1497 el papa atrevióse á excomulgarle; y obligado á defenderse contra la señoría de Florencia y contra el pueblo que invadiera el convento de San Marcos, en donde se había refugiado, Savonarola al fin se entregó. En 13 de mayo de 1498 fué llevado al suplicio y sus obras quemadas y aventadas; cuando el cardenal leyó la sentencia que le separaba de «la Iglesia triunfante y militante,» Savonarola encontró la respuesta oportuna exclamando: «¡De la Iglesia militante, sí; de la triunfante, no!» Efectivamente, dígame lo que se quiera, sus ideas de reforma religiosa son las que en parte triunfaron en el siglo XVI, así en el catolicismo como en el protestantismo. Pero sobre todo, en él se resume el espíritu cristiano del siglo XV italiano, ó mejor dicho, florentino.

Después de su muerte, quedaba en Italia libre el terreno para el papado temporal así como para todos los extranjeros.

## CAPÍTULO II

### LOS ASUNTOS DE MILÁN Y NÁPOLES Y LA POLÍTICA DE CASAMIENTOS (1).

I. Luis XII, Ana, Jorge de Amboise.—II. Conquista de Milán.—III. Intento de cruzada.—IV. Conquista y pérdida de Nápoles.—V. Intento de casamiento franco-austriaco.—VI. Los tratados de Blois.—VII. Ruptura del casamiento franco-austriaco.—VIII. La sublevación de Génova y la entrevista de Savona.

#### I.—Luis XII, Ana, Jorge de Amboise

Muerto Carlos VIII sin hijos, sucedióle sin dificultad alguna su más próximo pariente, Luis XII, el cual mandó hacer en pocas horas (y á sus costas, según dicen sus panegiristas) los funerales de su predecesor y organizó inmediatamente un nuevo gobierno.

Luis XII es uno de esos reyes á quienes se representa viejos, y realmente envejeció muy de prisa después de su advenimiento al poder; pero antes de la vejez tuvo una juventud, y una juventud bastante agitada; siendo preciso consignar este detallé para comprender ciertas

(1) FUENTES.—Véase la bibliografía de la pág. 67 y añádanse: T. Godefroy, *Histoire de Louis XII* (contiene crónicas y algunos documentos oficiales), 1615. *Chroniques de Louis XII par Jean d'Auton* (publicadas por R. de Maulde La Clavière para la «Société de l'Histoire de France,» cuatro volúmenes, 1889-1895): véase acerca de Auton, el libro II, capítulo II, párrafo IV. *Histoire du gentil seigneur de Bayart par le Loyal Serviteur* (publicada por J. Román para la «Société de l'Histoire de France,» 1878). *Lettres de Louis XII et du cardinal Georges d'Amboise... depuis 1504, jusques et compris 1514*, cuatro volúmenes, 1712. *Négociations diplomatiques entre la France et l'Autriche durant les trente premières années du XVI<sup>e</sup> siècle* (publicadas por Le Glay en la colección de documentos inéditos para la historia de Francia, 1845), tomo I.

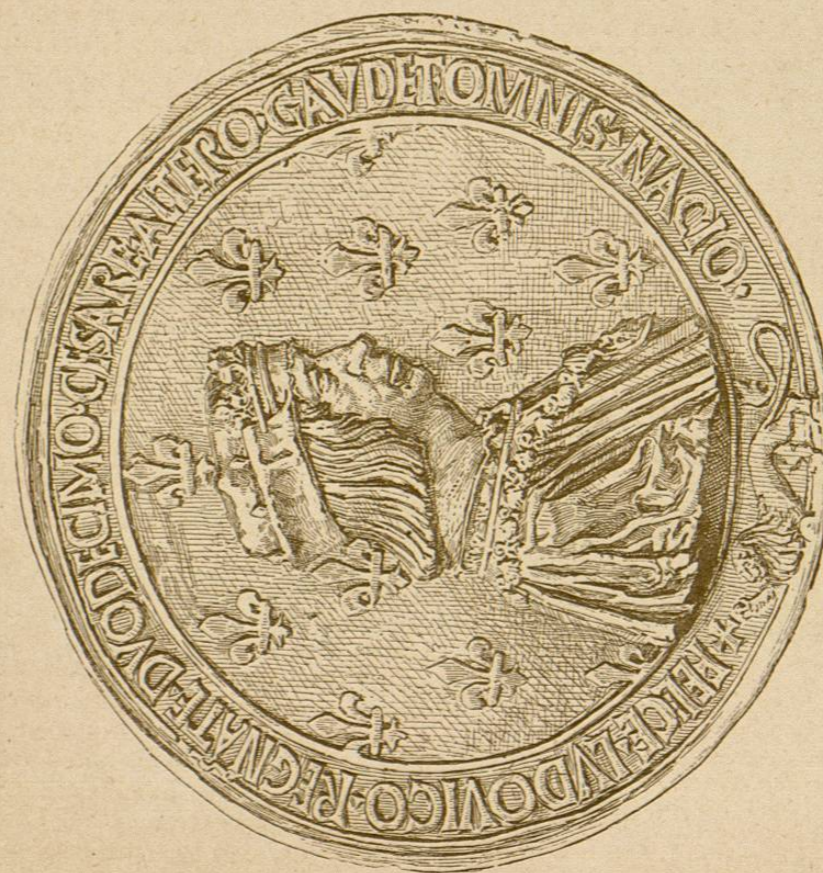
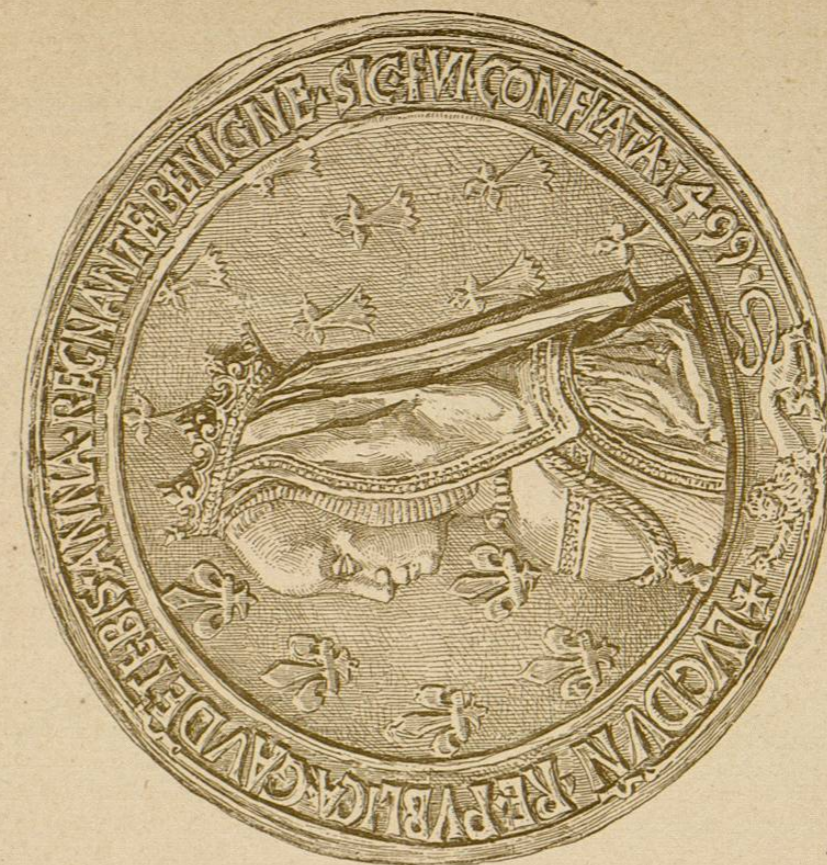
OBRA GENERAL.—No existe una buena historia completa del reinado de Luis XII. De Maulde, en su *Histoire de Louis XII*, de la que sólo ha publicado seis volúmenes, ha estudiado solamente la juventud de Luis XII (*Luis d'Orléans*) y la *Diplomatie au temps de Machiavel*, 1889-1893. Puede consultarse: Legendre, *Vie du cardinal d'Amboise*, cuatro volúmenes, 1725; al final de esta obra hay algunos documentos justificativos. Le Roux de Lincy, *Vie de la reine Anne de Bretagne, femme des rois de France Charles VIII et Louis XII*, cuatro volúmenes, 1860.

cosas de su reinado que contrastan con su reputación universal de cordura nestoriana. En 1498 cumplió treinta y seis años; el retrato que de él nos ofrecen algunas pinturas oficiales ó miniaturas un tanto numerosas, corresponde perfectamente á esta descripción de un autor contemporáneo: «La cabeza es pequeña y puntiaguda; la frente estrecha, los ojos grandes y saltones, el rostro flaco, la nariz ancha y remangada, los labios gruesos, la barba aguda, el cuello delgado y corto, los hombros estrechos, las manos y los brazos pequeños y largos, la glotis prominente, el cuerpo apretado y el pecho sin desarrollo. El rey es más bien bajo que alto.» Esta descripción nos da idea de un organismo endeble que los años de juventud habían sin duda gastado y que los años de poder iban á debilitar. Luis XII estaba á menudo enfermo y soportaba mal sus enfermedades, que llegaron á ser una de las preocupaciones y uno de los medios de acción de la diplomacia. Los enviados extranjeros hablan en sus cartas continuamente de la salud del monarca: «El más ligero accidente, dice un embajador, tiene consecuencias graves en un cuerpo tan mal constituido. Su temperamento debilitado decae sin cesar.»

Tenía ciertas cualidades morales: moderación y sentimientos humanitarios, excepto en la guerra, en la que se mostraba duro hasta la crueldad; y si no pronunció la célebre frase: «El rey de Francia no venga los agravios del duque de Orleans,» por lo menos aplicó el espíritu de la misma. Desvelábase por el bien público y sentía tal vez la preocupación por la suerte de los humildes; su vida privada, en su segundo matrimonio con Ana de Bretaña, fué sencilla, familiar, digna; su inteligencia, aunque superior á la de Carlos VIII, no pasaba de mediana y estaba falseada por una deplorable debilidad de carácter. En su juventud se vió siempre dominado por oscuros confidentes y en su edad madura por su esposa Ana ó por su amigo Jorge de Amboise; sin embargo, era muy terco en sus proyectos, y gracias á esto logró algunos éxitos, cuando los asuntos fueron sencillos ó cuando sólo hubo de luchar con enemigos débiles, porque nada le distraía del fin que se proponía alcanzar. Pero por esta misma razón, una vez firmes su concepción y sus propósitos, jamás supo variarlos ni amoldarse á las circunstancias, cuando éstas variaban. Fué hasta el final de su vida el hombre de quien se decía en 1498: «La cuestión del Milanésado absorbe su espíritu.»

Jorge de Amboise, más conocido con el nombre de cardenal de Amboise, llegaba al poder con el nuevo rey, de quien había sido amigo, confidente y servidor. Durante los últimos años de Carlos VIII habíase eclipsado, pero no por esto dejó de velar por la fortuna de Luis, de la que no separaba la suya. En 1498 tenía treinta y ocho años y estaba ya en posesión del arzobispado de Ruán, uno de los mejores y más importantes de Francia. Este personaje sigue siendo aún hoy en día más célebre que conocido: se adivina, hasta se sabe que durante el reinado de Luis XII representó un papel considerable; pero ¿en qué consistió este papel? ¿Hemos de ver en él á un primer ministro sin título? ¿O hemos de considerarle simplemente como un consejero de quien se hacía mucho caso?

Desde 1498, todos los embajadores le citan como uno de los personajes influyentes y le encontramos mezclado



LUIS XII, REY DE FRANCIA, Y SU ESPOSA ANA DE BRETAÑA  
(Medalla hecha por un artífice de Lyon, tamaño del original, que se conserva en el Gabinete Numismático de Berlín)

en todos los asuntos, grandes ó pequeños; pero no le vemos solo, sino que á su lado figuraban hombres como el duque de Nemours, Ligny, Stuart de Aubigny y el canciller de Rochefort, el primero de los cuales, en particular, gozó de gran favor hasta 1503, diciéndose entonces que «el arzobispo de Ruán y el ilustrísimo duque de Nemours eran los principales directores de toda empresa del rey.» También hubo de contarse con el mariscal de Gié hasta su dramática desgracia en 1504 (1).

Sin embargo, Amboise parece haber sido siempre el hombre grato al rey y se introdujo en la intimidad de éste hasta el punto de intervenir algunas veces en las riñas del real matrimonio y de inducir á la reina Ana, que tenía el genio muy vivo, á calmar á su marido, que era muy rencoroso. Esta situación de mediador entre los dos esposos, si bien exigía mucha habilidad, no dejaba de reportar algunas ventajas y hacía indispensable á de Amboise desde el momento en que éste lograba no hacerse molesto.

Además su poder, como sucede siempre, aumentó por su poder mismo. En 1498 recibió el capelo cardinalicio y más adelante el título de legado de Francia; su familia numerosa se agrupó en torno suyo y, gracias á los empleos que por él obtuvieron sus parientes, conquistóse nuevos instrumentos de acción ó nuevas alianzas: hizo de su sobrino Chaumont de Amboise una especie de colaborador militar, y dominó á la Iglesia por medio de sus hermanos Luis, obispo de Albi; Pedro, obispo de Poitiers, y Jacobo, obispo de Clermont y abad de Cluny. El *Loyal Serviteur* hace constar «que había hecho alcanzar grandes bienes á todos los de su familia, así en la Iglesia como de otras maneras;» pero añade que para sí «no quiso más que un beneficio.» Jorge de Amboise conservó el favor del rey hasta su muerte, acaecida en 1510.

Apenas llegado al trono, Luis XII se consagró á la realización de dos proyectos que hacía mucho tiempo le preocupaban: romper su matrimonio con Juana de Francia para casarse con Ana de Bretaña, y conquistar el Milanésado, sin que se sepa cuál de los dos le interesaba más.

La desgraciada reina hija de Luis XI estaba dotada de todas las virtudes, habiendo merecido ser beatificada por la Iglesia; pero era de una fealdad sin igual, á juzgar por la mascarilla que de su rostro se sacó en el momento de su muerte. Luis se había casado, á pesar suyo, con ella en 1470, cuando la casa de Orleans estaba por completo sometida á la voluntad de Luis XI. La demanda de divorcio, ó mejor dicho de anulación, fué entablada en 1498, ante jueces de Iglesia y dos delegados del papa (2).

En ella se invocaban cuatro motivos de nulidad: 1.º, Juana de Francia y Luis eran parientes en un grado prohibido; 2.º, Luis XI había sido padrino de Luis, lo que en derecho canónico está asimilado á la paternidad natural; 3.º, el matrimonio había sido contraído

(1) Véase más adelante, libro II, capítulo I, párrafo segundo.

(2) *Procédures politiques du règne de Louis XII* (publicados por R. de Maulde en la colección de documentos inéditos), 1885. De Maulde, *Jeanne de France, duchesse d'Orléans et de Berry* (1464-1505), 1883. De Maulde, *Alexandre VI et le divorce de Louis XII* («Bibliothèque de l'Ecole des Chartes», tomo LVII, 1896).

por la violencia; 4.º, no había sido nunca consumado. Los dos primeros motivos carecían de valor, porque sobre tales cosas la Iglesia transigía fácilmente; tampoco lo tenía el tercero porque había quedado anulado desde el momento en que el duque no había protestado al morir Luis XI. Quedaba el cuarto, y ya se comprenderá á cuántos escándalos se prestaba el asunto, en medio del escándalo mismo del proceso que afectaba á la memoria de un rey y á la dignidad de toda la real familia. La información se llevó á cabo con una regularidad externa de procedimiento que constituye un rasgo característico de la época y que aumenta la hipocresía del acto, porque todo el mundo estaba convencido de que el rey habría perdido en absoluto el pleito, si éste no hubiese estado previamente juzgado. En aquel fárrago inmenso de informaciones, contrainformaciones, interrogatorios y respuestas que llena un tomo enorme, una sola persona demostró respeto á sí misma: la reina. Sometieronla á toda clase de preguntas, verdaderas torturas morales, y á todas contestó con una sencillez y una sangre fría admirables; decíanle que era fea y modestamente confesaba: «Que bien sabe que no es tan bella ni tan bien hecha como otras muchas mujeres;» y á las preguntas escandalosas sobre sus relaciones con su marido y sobre la esterilidad que se le imputaba respondió con igual honrada sinceridad (3).

Cuando le propusieron que se sometiera á un examen médico, declaróse «dispuesta á hacer lo que venía obligada á hacer según la ordenanza de la Iglesia.» ¿Por qué acabó por declarar que en todos los puntos se remitía al juramento del rey? ¿Esperaba que éste no se atrevería á ser perjuro? ¿Estaba cansada de las villanías de que era objeto? Luis XII habría querido de buena gana evitar aquel extremo; pero el papa, de quien dependía la anulación del matrimonio, daba largas al asunto y reservaba su decisión, en vista de lo cual el rey se resolvió á prestar en 5 de diciembre el juramento que implicaba la nulidad del matrimonio y que constaba de 55 artículos. Algunas de las afirmaciones que formuló al jurar hacen que merezca ser calificado de miserable el papel que en aquella ocasión representó.

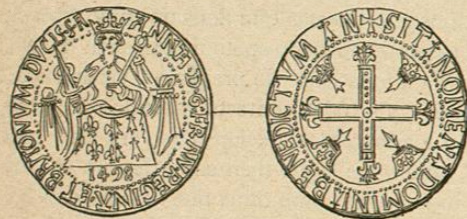
Durante mucho tiempo subsistió el recuerdo de la pobre reina Juana y con él el convencimiento de que se había cometido una gran iniquidad. El *Loyal Serviteur* escribía veinticinco años después: «El papa delegó jueces que hicieron y completaron el proceso y al fin sentenciaron que ella no era su esposa... Si estuvo bien ó mal hecho aquello, Dios es el único que lo sabe.» De sus palabras se desprende que hartó sospechaba que Dios sabía á qué atenerse.

En aquel asunto del divorcio, el papa, en medio de la conducta bastante equívoca que, como siempre, observó, prestó al rey buenos servicios; y es porque necesitaba en realidad de Luis XII, primero por su preocupación de casar á su hija Lucrecia y á su hijo César, y después porque aún no se sentía bastante seguro ni siquiera en Roma. Por estas razones habíase apresurado á enviar á Francia una embajada para felicitar á aquel monarca á su advenimiento al trono, y después de algunas vacilaciones, en el mes de agosto llegaron á un

(3) Véase los detalles de las informaciones y de los interrogatorios en las *Procédures politiques du règne de Louis XII*.

acuerdo Francia y la Santa Sede, habiendo sido el mediador de aquellos compromisos el cardenal Juliano de la Róvere, antiguo enemigo de los Borgia, reconciliado con ellos.

En octubre de 1498, fué César á Francia, en donde le recibieron con toda clase de honores; su entrada en Chinón, el 21 de diciembre, sobrepujo «la magnificencia de las entradas de los emperadores en Roma.» César llevaba al rey la promesa del papa de facilitar su matrimonio con Ana de Bretaña y además el capelo cardenalicio para Jorge de Amboise, recibiendo en cambio el Valentinois erigido en ducado, el mando de una compañía, la constitución de una renta y sobre todo la promesa de apoyo para casarse. Esta última cláusula suscitó algunas dificultades, habiendo sido necesaria la interven-



Moneda de Ana de Bretaña, reina y duquesa

ción de Jorge de Amboise y aun la de Ana de Bretaña para que Alain de Albret, personaje sólo medianamente escrupuloso, consintiera en dar á su hija Carlota á aquel «muy honrado y buen sujeto, sabio y discreto.» Tal era la garantía ofrecida por la reina.

El rey no había esperado los resultados de su demanda de divorcio para preparar su segundo matrimonio. Ana de Bretaña, por astucia ó por escrúpulo (porque estos dos rasgos de carácter estuvieron singularmente mezclados en toda su vida), habíase mostrado en un principio sumamente rebelde, pues decía que por muchas dispensas que se obtuvieran nunca podría ser otra cosa que la concubina del rey; pero, á partir del día 19 de agosto, sus ideas habíanse modificado lo bastante para que lograra de Luis XII un compromiso solemne de casarse con ella en el plazo de un año ó de devolverle Nantes y Fougères, lo cual ponía á Luis XII á merced suya, conseguido lo cual regresó á Bretaña encargándose nuevamente de aquel gobierno. Decretada en 17 de diciembre por los comisarios pontificios la disolución del primer matrimonio, nada se oponía al segundo. Las condiciones de antemano convenidas fueron insertas en el contrato de enero de 1499: el ducado de Bretaña continuaría siendo independiente; la futura reina conservaría la administración del país tal como la tenían los antiguos duques; las libertades públicas quedaban protegidas en el ducado y los Estados mantenidos, y la nobleza sólo en caso de absoluta necesidad serviría fuera de los límites de aquel territorio. Además la Bretaña debía pasar á manos del segundo hijo que del matrimonio naciera, y en caso de no haber más que uno, á las del segundo nieto; y en caso de sobrevivir el rey á su esposa, se haría cargo de la administración del ducado, pero á condición de reservar los derechos del heredero legítimo. De manera que Ana quería seguir siendo duquesa de Bretaña y evitar que el ducado fuese reunido al reino.

En su segundo matrimonio Ana fué más feliz y sobre todo ejerció mucha más influencia que en el primero. Los reales esposos vivieron siempre muy unidos, y aun sin dar entero crédito á Seyssel, quien declara «que no hay nadie que se acaricie como se acarician siempre los dos cuando están juntos,» es cierto que reinó entre ellos verdadera intimidad, á pesar de algunas riñas que imprimen en aquella historia de un hogar regio una nota familiar bastante chistosa. Luis XII amó á su «querida bretona» como excelente marido; ¿le amó Ana á él? A lo sumo le quiso con todo el afecto que permitían su corazón muy positivo y su talento en extremo práctico, y así parece demostrarlo la tranquilidad extraordinaria que conservó en varias ocasiones en que el rey estuvo gravemente enfermo. Pero de todos modos supo ejercer cada vez mayor dominio sobre su marido, utilizando esta influencia para mejor asegurar la independencia de Bretaña, tarea á que se consagró durante toda su vida con celosa perseverancia. Esta preocupación turbó la existencia de Luis XII, quien sólo pudo verse libre de ella á la muerte de su esposa. Por otra parte, era Ana de carácter áspero, vengativa y egoísta, cualidades que se pondrán de manifiesto en el proceso que siguió contra el mariscal de Gié; y Jorge de Amboise hubo menester toda su flexibilidad y su hábito de las intrigas para poder mantenerse á su lado. Aquella excelente bretona y mala francesa no merece, ni como reina ni como mujer, los elogios que se le han prodigado.

## II.—Conquista de Milán (1)

Luis XII había adoptado desde su advenimiento el título de duque de Milán al mismo tiempo que el de rey de Francia, y, según se dice, á Ludovico Sforza le llamaba simplemente «Monsieur Ludovico.» Y sin embargo, sus derechos eran más que discutibles, pues aunque él los fundaba en el casamiento de su abuelo, duque de Orleans, con Valentina, hija de Galeazo I Visconti, duque de Milán, hay que tener en cuenta que el Milanésado era un feudo imperial y que las diferentes investiduras concedidas por los emperadores en el siglo XIV unas veces habían admitido y otras excluido á las hembras de la sucesión. Además, en los siglos XIV y XV, la situación habíase modificado en distintas ocasiones en virtud de contratos de matrimonio y de testamentos, de modo que podían presentarse con apariencias legales muchos pretendientes; siendo, al parecer, tan buenos los derechos de Ludovico á título de representante de los Sforza, como los de Luis XII en calidad de heredero de los Visconti.

Por otra parte, antes de pensar en la conquista de Milán, era preciso arreglar los asuntos continentales y adoptar las precauciones debidas contra una posible intervención.

En julio de 1498 renovóse el tratado de Etaples con Inglaterra, pues las relaciones que Francia mantenía con Jacobo V de Escocia obligaban á Enrique VII á ser muy circunspecto; y en 31 del propio mes Luis XII y los soberanos de España firmaban un nuevo convenio. En cuanto á Maximiliano, no se obtuvo de pronto de él

(1) Véase para todo este párrafo Pelissier (L. G.), *Recherches dans les Archives italiennes, Louis XII et Ludovic Sforza* (8 de abril de 1498 á 23 de julio de 1500), dos volúmenes, 1896.

lo que de aquellos otros soberanos se había alcanzado, porque estaba unido bajo muchos conceptos con Ludovico Sforza, á quien el monarca francés amenazaba; pero habiendo fracasado su tentativa de invasión en Borgoña y siendo como era hombre más de proyectos que de ejecución, consintió en firmar una tregua, lo que no le impidió permanecer dispuesto á la lucha, y fué por esta razón causa de inquietud para Francia.

En cambio, el gobierno de Luis XII había conseguido separar de Maximiliano á su propio hijo, el archiduque Felipe el Hermoso, quien prestó solemne homenaje al rey por sus dominios de Flandes, del Artois y del Charolais. El canciller de Francia fué á Arrás (julio de 1499), acompañado del *chauffecire* (empleado de la cancellería encargado de calentar el lacre), el cual «llevaba el sello é iba custodiado por dos reyes de armas.» «Monseñor el archiduque, con la cabeza descubierta, presentóse á mi dicho señor el canciller para prestarle su dicho homenaje. Después que hubo aparentado querer arrodillarse, lo que no quiso consentir mi dicho señor el canciller,» éste añadió: «Os hacéis hombre del rey, vuestro soberano señor, y le prestáis fe y homenaje ligo y prometéis servirle, hasta la muerte inclusive, respecto y contra todos aquellos que pueden vivir y morir, sin ninguna reserva.» Este ejemplo demuestra hasta qué punto subsistía aún el feudalismo, á lo menos en las formas externas, hasta entre príncipes soberanos.

Luis XII se preocupó, ante todo, de asegurarse los cantones helvéticos.

Los suizos acababan de erigirse en el siglo XV en una fuerza militar de primer orden, y abatiendo el poder formidable de Carlos el Temerario (1) habían asombrado y casi desconcertado á Europa. La Confederación formada en 1353 por la unión de los ocho cantones primitivos, aumentóse en 1481 con los de Friburgo y Soleure; Basilea y Schaffausen se adhirieron á ella en 1501 y Appenzel en 1513, quedando desde entonces constituida tal como subsistió hasta la Revolución francesa. Extendíase ya al Sur de los Alpes, gracias á la conquista de Airolo, Giornico y Faido, é iba á apoderarse de Biasca y de Bellinzona; pero la masa helvética la constituían los países situados al Norte de los Alpes de Glaris y berneses, y si bien había dejado de ser imperial, continuaba siendo eminentemente germánica.

La constitución interior ofrecía toda clase de complicaciones. Aun antes de la gran crisis de la Reforma, existían conflictos entre Lucerna y Berna, Zurich y Uri, y la asamblea general, aunque formada por representantes de los cantones, no podía imponerles sus decisiones porque cada cantón conservaba su soberanía. Estas divergencias embarazaban la política helvética, pero eran al mismo tiempo una ventaja para ella, porque le permitían abstenerse de contraer graves compromisos. La Confederación iba á representar, durante cerca de treinta años, un papel muy importante en la política europea. La lucha contra Carlos de Borgoña había desarrollado en los suizos una fuerza y un espíritu militares y después de la victoria había dejado á toda una clase de individuos inactiva y llena de ambiciones antes desconocidas en aquel país. Suiza se transformaba, pro-

(1) Véase el capítulo III, pág. 25 del presente tomo.

pagándose también en ella el condottierismo; condottierismo brutal que sólo se saciaba con el alarde de fuerzas y la satisfacción de vulgares apetitos; condottierismo de soldados más bien que de jefes.

Era aquella una gran fuerza disponible. Los pasos del San Gotardo dábanle acceso á Italia, región que atraía á los montañeses con la fascinación que ha ejercido siempre sobre los hombres del Norte; la vecindad de Alemania y las pretensiones subsistentes del Imperio ó de Austria podían ponerla en oposición con los soberanos germánicos; y por último, su extensión hacia el



Ludovico Sforza, facsímile reducido de un grabado de época

Jura, que aproximaba á los suizos á la frontera francesa, atraía hacia aquel lado sus ambiciones.

La Confederación fué para Alemania una vecina incómoda, hasta el día en que Maximiliano reconoció su independencia de hecho por el tratado de Basilea (1499); pero á partir de esta fecha limitóse á dejar que los habitantes de los cantones se comprometieran en pro ó en contra del emperador, según á sus intereses ó á sus pasiones conviniera, existiendo entre ambos países, durante el siglo XVI, una especie de comunidad de temperamento que la Reforma contribuyó á robustecer.

Sus relaciones con Francia fueron agitadas: los monarcas franceses no cesaron de negociar con los cantones y de pedirles soldados; las dificultades surgieron á causa de las exigencias recíprocas y á veces también por la codicia que se despertó en los suizos respecto de la Borgoña. En primer término, su política italiana determinó su conducta con relación á Francia; como ciertas partes del Milanésado despertaron en ellos ambiciones ardientes y tenaces, encontráronse en pugna con los franceses, y Luis XII al fin de su reinado, como Francisco I en los comienzos del suyo, les tuvo por adversarios.

Sin embargo, al principio entendiéronse con Luis XII, y los embajadores de éste consiguieron, en 16 de marzo de 1499, un tratado que le autorizaba para reclutar tropas en aquel país.

En el Norte de Europa, los Estados escandinavos luchaban todavía con las consecuencias de la Unión de Calmar, firmada á fines del siglo XIV, por virtud de la cual habíase realizado la unión de Dinamarca, Suecia y